

CÓMO SE SALVÓ UN TREN

En un agreste paraje de la Virginia Occidental, vivía una pobre viuda en su choza, construída toscamente de maderos, distante varias millas de lugar poblado, y situada no lejos de un precipicio, sobre el cual se había tendido un tosco puente de madera por donde pasaba el tren de Baltimore a Ohío.

Era un ventoso día de Marzo, en el que se había derretido gran cantidad de nieve en lo alto de las montañas; y el río que se deslizaba por el precipicio arrastraba masas de hielo desprendidas por la fusión de las nieves. A medida que adelantaba el día, crecía el rumor de las aguas, cuyo incesante bramido llenó de inquietud a la pobre mujer y a su hija. Llegada la hora de acostarse, permanecieron durante un rato vacilantes; mas, al fin se decidieron a hacerlo, no sin experimentar honda inquietud y temor.

A eso de media noche las despertó sobresaltadas un estrepitoso ruido. Cogidas fuertemente una a otra, se aproximaron al precipicio: el puente había sido arrastrado por la impetuosa corriente.

Apenas vió la anciana lo que acababa de suceder, cuando le acudió a la mente, como un horrible pensamiento, la idea de que dentro de media hora había de pasar el tren expreso. No había por allí cerca ni caja de señales, ni telégrafo para avisar al tren el peligro que corría.

Nada podían hacer aquellas pobres mujeres para impedir la terrible destrucción que amenazaba al tren irremisiblemente. De pronto les ocurrió una idea. Una cosa había, sólo una, capaz de evitar la inminente desgracia: una luz. Un grito, por fuerte que fuese, no sería más que un débil suspiro entre el bramar del viento huracanado; en cambio una luz podría ser vista fácilmente por el maquinista. ¿Pero cómo obtener una luz? En su choza tenía la anciana un cabo de vela, pero si lo sacaban, la lluvia y el viento lo apagarían inmediatamente. En su pobreza, no poseían las buenas mujeres ni lámpara ni linterna, y la provisión de leña recogida en el bosque para el invierno estaba casi agotada.

Buscando ansiosamente por la choza, fijáronse sus ojos en una cama y dos sillas de madera; esto era lo único que podía arder; precisamente estos muebles estaban muy secos y la madera de la cama muy carcomida. Si podían protegerlos del viento, estos caducos muebles prestarían gran servicio.

No había que perder ni un momento si querían que el tren se salvase. Llenas de ansiedad y con manos temblorosas, ambas mujeres desunieron y destrozaron la armazón de la cama, y luego, cogiendo los fragmentos a brazadas los subieron a la línea férrea, en medio de la cual, y a alguna distancia del precipicio, formaron con ellos una hoguera en el paraje que les pareció más abrigado.

Pero, temblorosa todavía la anciana, encendió un fósforo y lo aplicó al mon-

tón de madera. Con inmensa alegría de su alma prendió el fuego en el preciso momento en que era necesario; en efecto, apenas estuvo encendido, oyóse con toda claridad el sordo ruido del tren que se acercaba. ¡Con cuánta ansiedad contemplaban madre e hija la hoguera, esperando y rogando a la vez para que el maquinista pudiera verla a tiempo de detener el tren! No contenta con esto, la buena anciana se quitó la roja falda que llevaba, la ató a un palo, y la agitó al fulgor de la hoguera, mientras su hija hacía lo propio con un tronco encendido. Cada vez se oía más cercano el rugido del tren; entraba ya en la curva; ya se veía la linterna roja de la máquina. Las mujeres, redoblando sus esfuerzos, gritaron: « ¡Alto, alto! »

Paulatinamente el tren se fué deteniendo hasta quedar parado junto a la hoguera. Los perspicaces ojos del maquinista, acostumbrados a ver desde muy lejos, descubrieron vacío el espacio en donde debía hallarse el puente, y su mirada, que se dirigía ansiosa desde la hoguera a las figuras que le hacían señas para que se detuviese, reconoció desde el primer instante el valeroso sacrificio de aquellas dos magnánimas mujeres.

EL HOMBRE QUE PENSÓ EN SUS CAMARADAS

DURANTE la construcción de la vía férrea entre Mánchester y Leeds, en Inglaterra, hubo que abrir gran número de túneles; y con objeto de mantener la ventilación necesaria, se excavaron los correspondientes pozos, algunos de ellos de más de cincuenta metros de profundidad desde la superficie del monte hasta los túneles.

Entre los obreros empleados había uno que tenía fijo su trabajo en la parte superior de los pozos, con la obligación de levantar los tubos y devolverlos vacíos a los trabajadores, y de avisar, además, si ocurría alguna novedad, como la rotura de una cadena o la caída de una porción de roca, con objeto de que pudieran retirarse a tiempo los trabajadores, y evitar así una desgracia.

Una mañana, mientras estaba ocupado en uno de los pozos más profundos de la línea, el infeliz obrero resbaló, y al ver que iba a caer en el estrecho canal, contra cuyos desiguales lados o contra cuyo rocoso fondo se estrellaría irremisiblemente, lejos de perder su presencia de ánimo en tan terrible momento, pensó más que en sí mismo, en sus compañeros. Si pedía socorro, los trabajadores que se hallaban puestos al abrigo saldrían a ver qué sucedía, y aun cuando lograsen salvarle, no sería sino con gran riesgo de su propia existencia: así, pues, obedeciendo a los generosos impulsos de su corazón, dió la voz acostumbrada de « abajo va ». Seguros en el lugar de su trabajo e ignorantes de lo que sucedía, los obreros oyeron el choque que produjo al caer en tierra su heroico compañero, que, al reprimir un instintivo grito de « socorro » fué con su muerte el salvador de sus camaradas.

UNA CARRERA CON LA MUERTE

ERA en el año 1874. Desde hacía algunos días, había llovido a mares en el valle de Williamsburg, y cuando amaneció aquella hermosa mañana de Mayo, el sol brilló en un cielo azul sobre una tierra empapada de lluvia. Todo el mundo salió a disfrutar de la esplendidez del día: los hombres a trabajar en el campo y los niños a jugar ante las puertas de las casas o a entretenerse en echar piedras al río, cuya crecida, con motivo de las lluvias se revelaba claramente en el ensordecedor ruido que acompañaba su corriente. De pronto todos detuvieron sus trabajos o sus juegos, llevándose aterrorizados la mano al corazón. Un ruido sordo, murmurador, repercutió en los montes próximos. El fragor que tan alarmante sorpresa produjo en cuantos lo oyeron, fué muy luego interrumpido por el galopar de un caballo y los gritos del jinete que lo montaba, al descender como una exhalación valle abajo.

Los brazos agitados convulsivamente y los roncos gritos de este hombre es-

parcieron un terror pánico por todo el valle: « ¡La presa ha reventado! ¡Todos al monte! ¡Al monte si no queréis morir al punto! » Aterrorizados los habitantes, huyeron a todo correr en dirección al monte, sin detenerse a mirar atrás. No hubieron de esperar mucho tiempo para darse cuenta del peligro en que se habían hallado: una enorme masa gris de agua inundaba rugiendo el valle en persecución del esforzado jinete, que había expuesto gravemente su vida.

Al fin, el hacendado Collins Graves, que así se llamaba el jinete, consiguió conducir su fatigado caballo a una altura que limitaba el valle; su terrible carrera con la muerte había terminado. Con su valor acababa de salvar a todo el pueblo.

UN BIENHECHOR DE LOS SORDO-MUDOS

ANTES del siglo XVI se tenía por indiscutible la imposibilidad de instruir a los sordo-mudos, habiéndolo asegurado así sabios como Aristóteles e Hipócrates; pero hacia el año 1520, nació en Valladolid (España) Pedro Ponce de León, conocido más generalmente por fray Ponce.

Este monje benedictino español, a fuerza de tenacidad y de desvelos sin cuento, logró descubrir el medio de enseñar a leer, escribir y hablar a los sordo-mudos; y, no obstante, su nombre apenas es citado entre los de los más eximios pedagogos, a pesar de que, si mérito hay en enseñar al que goza de todos sus sentidos corporales, mayor ha de ser aún el de quien laboriosamente logró abrir el camino de la enseñanza a los infelices privados del oído y del habla.

En tiempos anteriores a fray Ponce, los sordo-mudos apenas podían exteriorizar de una manera imperfecta sus ideas o sentimientos; eran así como seres amordazados, pero gracias a los humanitarios esfuerzos del cartitativo religioso, pueden hoy expresar sus ideas e impresiones, ya por escrito, ya mediante la mímica, y aun con el lenguaje articulado.

Fué fray Ponce el primero, no solamente en descubrir un sistema completo para enseñar a los sordo-mudos, sino también en aplicarlo con una paciencia, laboriosidad y perseverancia que hacen de él uno de los más grandes bienhechores del género humano. Escribió, además, una obra, en que se exponía el método de instruir a los sordo-mudos, que no llegó hasta nuestros días; pero los procedimientos que empleaba el docto benedictino, son, con algunas modificaciones, los mismos que se usan hoy día.

Tres hermanos del condestable de Castilla, un hijo de Don Gaspar de la Guerra, juez de Aragón, y otros varios sordo-mudos educados por fray Ponce, difundieron en breve su fama por toda España.

Pedro Ponce de León murió en 1584, a los 74 años de edad. Fué continuador de su obra Juan Pablo Bonet, de Huesca, que publicó el primer libro para la enseñanza de los sordo-mudos, en 1620, y, a estos dos españoles, siguieron los franceses L'Epée y Sicard, que perfeccionaron muchos años después su sistema.

En el monasterio de San Salvador de Oña, y sobre el sepulcro de fray Ponce, puede leerse una inscripción que contiene las siguientes palabras: « El hermano Pedro de Ponce, bienhechor de esta casa, que entre otras virtudes que le adornan, brilló especialmente y fué célebre en el mundo por el arte de enseñar a hablar a los mudos ».

